

EL PRIMER DICCIONARIO FRANCÉS-ESPAÑOL CON TRANSCRIPCIÓN FONÉTICA (CORMON, 1800)

MANUEL BRUÑA CUEVAS
Universidad de Sevilla

El diccionario de Cormon de 1800 culmina la labor lexicográfica bilingüe francoespañola del siglo XVIII. No entraremos aquí en el grado de calidad de la obra.¹ Sólo resaltaremos que, entre las novedades que su autor le atribuye, destacan dos: el ser portátil y el incluir un sistema de notación de la pronunciación de las voces. La primera de tales novedades no es absoluta, ya que anteriormente habían aparecido los diccionarios de bolsillo de Godoy (1795; seguramente Cormon no llegó a saber de él) y de Gattel (1798, conocido por nuestro autor). La segunda es en cambio una novedad real: ningún otro diccionario bilingüe francés-español la había practicado anteriormente.

Cormon nos da cuenta en el prólogo de los motivos que lo llevaron a incluir una pronunciación figurada en su diccionario. Partiendo de la convicción de que la articulación de los sonidos es “la parte la mas esencial y sin contradiccion las (*sic*) mas dificil en las lenguas extrangeras” (1800, t. II: i), y habiendo sido testigo durante sus viajes de negocios por España de los sinsabores que sus compatriotas sufrían al practicar la pronunciación española, se dio cuenta de “la utilidad de un Diccionario portátil que reuniera la ventaja de ser conciso y exácto, y la de contener la pronunciacion la mas justa” (1800, t. II: ij). Pretendía pues con ello “facilitar el estudio de la pronunciacion de una y otra lengua, pudiendo muy bien pasarse de maestro ó tener muy poca necesidad de el en esa parte” (1800, t. II: ij).

Ahora bien, como esta última frase lo muestra, aprender la pronunciación de una lengua extranjera sin la asistencia de un maestro era para Cormon una pretensión razonable pero difícilmente realizable en su integridad. La evidencia de que cada una de las dos

1. Véase a este respecto García Bascañana (1999: 114, 118) y Bruña Cuevas (1999: 100-101).

lenguas emplea sonidos que no se hallan en la otra tendrá dos consecuencias en la confección de la obra. Por un lado, lleva al autor a colocar, al frente de cada una de las dos partes de su diccionario, unos comentarios sobre la lectura que recibe cada letra en francés o en español.² Por otro lado, y sobre todo, esa falta de coincidencia lo llevará a tratar de modo distinto la transcripción de la pronunciación de una y otra lengua.

Este tratamiento diferente deriva más concretamente de dos causas principales. La primera es el tipo de notación empleado por Cormon; la segunda, la percepción que tenía el autor de los sistemas fonéticos francés y español.

En lo referente al sistema de transcripción, el principio seguido por nuestro autor es el de lograr escribir la articulación de cada voz según los principios ortográficos que rigen en la otra lengua, es decir, lograr anotar la pronunciación española “con los (*sic*) señales y sonos correspondientes y conocidos en la lengua francesa” (1800, t. II: ij) y viceversa. El sonido [u], por ejemplo, representado en la ortografía del español por la letra *u*, aparece en las transcripciones de las voces españolas como *ou*, dado que es a ese dígrafo al que dan los franceses el valor de [u]; (*pou-ro*)³ es por tanto la transcripción de *Puro*. Consecuentemente, y según el mismo principio de base, *Pour* aparece transcrito para los españoles como (*pur*).

Ahora bien, un método tal requiere que los sonidos de un idioma existan también en el otro o, por lo menos, que puedan ser transcritos con combinaciones de letras a las que, según las reglas de lectura usuales en el otro idioma, se pueda asignar un valor igual o muy similar a la realidad fonética del sonido de que se trate. Así, aunque la *che* española no existe en francés, nuestro autor considera que los franceses lograrán reproducirla al leer su transcripción por *tch*: *Chucho* (*tchou-tcho*), *Muchacho* (*mou-tcha-tcho*).⁴ Pero el problema es irresoluble si tal posibilidad no es viable: valiéndose sólo del alfabeto latino, la *che* francesa no puede representarse, según Cormon,⁵ por ninguna letra o combinación de letras a la que se pudiera dar en español una lectura equivalente al sonido francés. Todas las voces de la parte francés-español en que aparece tal sonido carecen por tanto de pronunciación figurada.

Este principio acarreará el que sea notable el desequilibrio entre las posibilidades de transcribir las voces españolas y las de transcribir los términos franceses. Cormon considera, en efecto, que sólo existe un sonido español (la jota) que no pueda ser transcrito para los franceses valiéndose sólo del alfabeto latino; pero piensa, en cambio, que no son pocas las articulaciones francesas que se hallan en ese mismo caso cuando se intenta figurarlas para los españoles. El inconveniente de la jota, por lo demás, podía resolverse

2. El tomo I, español-francés, va precedido de unos “Éléments de prononciation de la langue espagnole à l’usage des Français”. Se trata de unas escuetas explicaciones sobre la articulación que recibe cada letra española. También el tomo II, francés-español, se abre con los correspondientes “Elementos de prononciacion de la lengua francesa, al uso de los Españoles”.

3. Todas las transcripciones de Cormon aparecen en su obra entre paréntesis.

4. Esta manera de explicar la *ch* española a los franceses la inauguró César Oudin (1597): “[...] la *ch* qui se prononce quasi como *tch* [...]. Exemple: *Mucho* se lit comme s’il estoit escrit MOUTCHO”. Pronto fue reproducida por otros autores: “Les François, & les Espagnols, ont peu de difference, a prononcer ceste lettre, car l’espagnol la prononce comme si fust escrit mutcho, & le François dit muscho” (Sumarán 1626: 122). “*CH*, tiene la prononciacion mas blanda q[ue] en romance, en q[ue] tiene casi fuerça de *tch*” (Billet 1673: 9”).

5. No fue la opinión de algunos predecesores de Cormon. Véase nuestra cita de Sumarán en nota 4.

por la utilización de un nuevo símbolo tipográfico (una combinación de *j* y *k*) que recordara a los lectores francófonos la necesidad de reproducir ese sonido extraño a sus usos fonéticos:

[...] el español tiene cierta letra cuyo son es imposible señalar, tal el de la *J* y en ciertos casos el de la *G* y *X*,⁶ lo que me ha obligado á servirme de un signo nuevo *jk*, propio para significar la pronunciacion gutural de las tres letras. (1800, t. II: ij)

Por el contrario, este empleo de símbolos nuevos hubiera hecho ilegible para los españoles la transcripción de las voces francesas por el número elevado de sonidos a los que hubiera habido que aplicarlo. De ahí que su proyecto primitivo de diccionario no incluyera la transcripción sino para las voces españolas. He aquí cómo nos explica Cormon el haberse decidido finalmente por consignarla también para todas las voces francesas que no contuvieran ningún sonido extraño a la fonética española:

Yo no queria poner la pronunciacion en esa segunda parte [francés-español], por la imposibilidad de ponerla en todos los términos como en la primera. La lengua francesa tiene tantos sones particulares y característicos, como los de las letras, *ch*, *g*, *j*, *e*, *u*, *z*, *s*, y los de las vocales nasales, etc. que por representarles al uso de un español, habria sido necesaria una multitud de signos nuevos que huvieran causado la mayor confusion. No obstante, no queriendo privar á los Españoles de una ventaja tan preciosa, yo me he determinado á poner á lo ménos la pronunciacion de los términos que no necesitaban ningun signo diferente de los ya conocidos en español. El éxito en efecto ha sido mas feliz que yo no esperaba, de modo que las tres quartas partes á lo ménos, tiene la pronunciacion escrita. (1800, t. II: ij)

El resultado de todo ello, como hemos dicho, es una presencia distinta de la transcripción en una y otra parte del diccionario. Como indican las explicaciones de Cormon, no todas las entradas francesas están acompañadas de pronunciación figurada, mientras que todas las españolas, en principio, lo están. Y decimos “en principio” porque, aunque el autor no lo explicita, su práctica real es la de indicarla únicamente en los casos en que la ortografía usual española, leída a la francesa, no daría la pronunciación correcta. Dado que, en opinión del autor, todos los sonidos españoles menos la jota existen en francés, y dado que el español, contrariamente al francés, posee una ortografía altamente fonética en la que las letras mudas son escasas⁷, el número de términos que no precisan de transcripción es elevado. Voces tales como *Matar*, *Poner* o *Fila* no la incluyen por bastar su forma ortográfica, leída a la francesa, para revelar su pronunciación: figuradas, hubiera habido que emplear exactamente las mismas letras que aparecen en español escrito.

* * *

6. Se refiere a casos como *México*, *Xerez*, *Xilguero*, *Madexa*. Para otros valores de la *x* en la ortografía española de la época, véase nuestra nota 14.

7. Así lo expresa Cormon: “[...] la simplicité de l’orthographe de la langue espagnole, et les changemens heureux qu’y a faits depuis peu d’années l’Académie Royale Espagnole, en la rendant presque conforme à la prononciation auriculaire [...]”.

Hasta aquí la exposición de los propósitos del autor. Nos queda preguntarnos qué resultados dieron sus principios en la práctica, y más concretamente en la transcripción de las voces francesas, en la cual centraremos preferentemente nuestra atención dejando para mejor ocasión un estudio pormenorizado de las transcripciones propuestas para el español.

Recordemos los sonidos franceses de los que dice Cormon expresamente que son irrepresentables para los españoles: “La lengua francesa tiene [...] sonos particulares y característicos, como los de las letras, *ch*, *g*, *j*, *e*, *u*, *z*, *s*, y los de las vocales nasales, etc.”. Como nuestro autor no da nunca transcripciones parciales de las voces, todos los términos franceses que empiezan por las letras *j* o *z*, así como la mayoría⁸ de los que las contienen, carecen de pronunciación figurada en su diccionario, ya que, en efecto, esas letras siempre se leen en francés como [ʒ] y [z] respectivamente, sonidos desconocidos en español. Por la misma razón que *j* y *z*, también *ge*, *gi* (y sus variantes *gé*, *gí*, etc.)⁹ y la *s* con valor de [z]¹⁰ acarrearán la ausencia de transcripción. E igual ocurre en la inmensa mayoría de los casos en que aparece en una voz la letra *u*, es decir, cuando representa la vocal [y] —*Lune*— o la semiconsonante [ɥ] —*Puis*—, inexistentes en español.¹¹ En cuanto a *ch*, la figuración de la pronunciación no acompaña a los términos en que el dígrafo posee su valor más corriente en francés, o sea, el de fricativa. En cambio, voces como *Christ* u *Orchestre*, en que *ch* vale por [k], son figuradas como (krist), (or-kes.tr), es decir, con *k*, letra usada igualmente en las transcripciones de los grupos *ca*, *co*:¹² *Économat* (e-ko-no-ma), *Caporal* (ka-po-ral).

Comentario más detenido merecen los otros sonidos señalados expresamente como irrepresentables por Cormon en la cita que estamos siguiendo: *e* y las vocales nasales.

Por *e* hay que entender en dicha cita la *e* sin acento gráfico que se realiza como [ø] en los monosílabos o en sílaba inicial de polisílabo: *De*, *Le*, *Se*, *Levis*, *Mener*, *Peler*, *Pelote*, *Quenouille*, *Regonfler*. En tales casos se percibe, en efecto, una vocal desconocida en español, lo que, según el sistema de Cormon, es traba insalvable para su representación figurada. El resto de los términos en que aparece la que Cormon llama *e muda*, o sea, la letra *e* sin tilde,¹³ admite por el contrario la figuración si un elemento distinto de

8. Sólo la mayoría, ya que, cuando la *z* es letra muda, la palabra que la contiene es representable en notación figurada: *Nez* (ne).

9. La *g* con valor de [g] se transcribe como *g* delante de *a*, *o*, *r*, *l* —*Gabare*, *Gonfler*, *Grand*, *Glaner*— o en posición implosiva —*Dogme*. Para los demás casos en que representa el mismo sonido, véase nuestra nota 11.

10. Casi siempre intervocálica —*rose*—, aunque puede tenerlo también, como bien indica Cormon en sus explicaciones preliminares sobre la fonética francesa (p. vij), en el prefijo *trans-* (*transaction*, *transiger*) o en ciertos casos en que va precedida de *l* (*balsamique*). Por el contrario, palabras como *monosyllabe*, en que la *s* intervocálica representa [s], si están transcritas en el diccionario.

11. No es naturalmente el caso en que *u* forma parte de un grupo usado corrientemente en francés para representar un sonido vocálico (*au*, *ou*, etc.) ni tampoco cuando, precedida de *g* y seguida de *e* o *i*, es un simple signo diacrítico para significar el valor de [g] asignado a *g*: *Guérir*, *Guider* se transcriben respectivamente por (gue-rir), (gui-de).

12. Ninguna de las palabras que empiezan por *k* lleva transcripción figurada, a pesar de que algunas de ellas (por ejemplo *Kiosque* ou *Kiste*) no presentaban, según el sistema de Cormon, ningún problema particular que lo impidiera. Esto es debido seguramente a la tendencia del autor a no anotar la pronunciación en los casos en que un vocablo tenía aire extranjero. Así, carecen de ella —sin que veamos otra razón para tal carencia que la que estamos comentando— palabras como *Wigh*, *Yacht* y otras.

13. Cormon establece tres tipos de *e*: la cerrada —escrita con acento agudo y que suena como la del

e no lo impide. Así, cuando, según el autor, la vocal escrita no corresponde a ningún sonido articulado —es decir en posición final o en sílaba pretónica no inicial—, la representación figurada refleja esa ausencia: *Goutte* (gu.t), *Paperasse* (pa.p-ra.s). Como lo muestran estas transcripciones, en tales casos la consonante perteneciente a la sílaba gráfica de la *e muda*, y correspondiente en francés hablado a una consonante implosiva, queda, en la notación figurada, separada de la vocal de su sílaba fonética, no por el guión con que se indica la separación entre sílabas de la lengua hablada, sino por un punto, que viene a ser así, en realidad, una huella de la forma ortográfica de la palabra, un recuerdo de la grafía que el autor deja subsistir en la representación figurada de la pronunciación.¹⁴ Es más, tal huella aparece incluso cuando la sílaba gráfica que precede a la *e muda* inarticulada termina por vocal, a pesar de que, en tales casos, una tilde indica en la figuración el alargamiento que la vocal articulada sufrió tras el enmudecimiento de *e*:¹⁵ *Montée* (mon-té.) *Pie* (pí.), *Vie* (ví.)¹⁶.

español *tocante*—, la abierta —escrita con acento grave o circunflejo y que suena como la del español *comer*— y la muda, que nuestro autor define en un principio del modo siguiente: “[...] no se percibe al oído; solo al fin de los términos hace mas fuerte la articulacion de la consonante que la precede; y así en la voz *sévère* donde se hallan las tres, se pronuncia como si huviera escrito en español (*se-ve.r*)” (1800, t. II: vj). De entrada, el lector actual estaría tentado de ver en esa *e muda* la que hoy llamamos *muda* o *caduca*. Pero Cormon nos sorprende algunos renglones más adelante con esta precisión: “Quando la *e muda* está delante una *r* tiene el sonido de la *è* abierta. Ex. *Erroné, gouvernant*. Pero quando se halla en la última sílaba del infinitivo de los verbos de la primera conjugacion, y en los términos que acaban por *z*, tiene el sonido de la *é* cerrada. La *e muda* delante de la *s* se pronuncia á veces como *é* cerrada, y otras veces como *è* abierta. Ex. *Pressentir, esclavage*”. Como se ve, el calificativo de *muda* en Cormon tiene una base puramente gráfica. El autor analiza correctamente la realidad fonética del francés, pero las clases de *e* que establece presentan como criterio de discriminación el tipo de tilde que aparece sobre la letra *e* (para la *cerrada* y la *abierta*) o la ausencia de tilde (para la *muda*).

14. Es otra prueba —como en el caso del apelativo *e muda*— de la servidumbre a la lengua escrita a que se halla sometido Cormon —como la mayoría de sus contemporáneos— en sus concepciones de la lengua hablada. También al transcribir el español ofrece nuestro autor muestras de tal apego. En su época, según las normas de la Real Academia, el valor de [ks], en vez de [x], de la letra *x* se manifestaba en castellano escrito mediante un acento circunflejo colocado sobre la vocal que seguía a la *x*: *Exênto* (con [ks]) frente a *Exercer* (sin acento por ser aquí la *x* la representación de la gutural [x]). Sorprendentemente, Cormon conserva el circunflejo en la pronunciación figurada de las palabras que lo llevan en español escrito, pese a que tal presencia sólo podía ser fuente de error para los francófonos que se ayudaran de su diccionario: voces como *Convexô* o *Exâminar* están transcritas como (kon-vék-sô), (ék-sâ-mi-nar).

15. Este alargamiento, que marcaba en gran número de ocasiones la oposición entre masculino y femenino (*ami/amie*, *armé/armée*) estaba aún plenamente vigente en el francés que hablaba Cormon. En los registros cultos del francés de París perdurará hasta principios del siglo XX. Aún hoy es perceptible en ciertas hablas regionales (valonas, por ejemplo). El acento indicador de vocal larga aparece usado igualmente en la *o* que transcribe las grafías *au*, *eau* —*Appauvrir* (a-pô-vrir), *Poteau* (po-tô)—, en la notación de las vocales escritas con acento circunflejo —*Hôte* (ô.t), *Rôle* (rô.l), *Gâteau* (gâ-tô)—, en la transcripción de vocales largas a causa del enmudecimiento de [s] —*Gros* (gró), *Bas* (bâ), *Sas* (sâ) y derivados: *Grossesse* (gró-se.s), *Sasser* (sâ-se)— y en la notación de algunas vocales cuando preceden a *rr*, normalmente pronunciada como simple —*Sarrau* (sâ-rô), *Larroneau* (lâ-ro-nô), *Correctif* (kô-rek-tif), *Horrible* (ôr-ri-bl), *Nourri* (nú-ri). Como se ve, gran parte de estas vocales largas no lo son ya hoy día, pero el alargamiento de todas ellas era de naturaleza fonológica en tiempos de Cormon. En cambio, las vocales largas que, como resultado de las leyes de posición, son en francés actual simples variantes fonéticas de las correspondientes breves no suelen estar indicadas como tales en las transcripciones del autor a pesar de que ya se dejaban sentir como fonéticamente largas en el francés de su época.

16. Además de falto de valor para enseñar la pronunciación del francés, el uso del punto le impedirá también al autor una coherencia completa en su sistema de división silábica. En casos como *Appariement* (a-

En los casos en que la llamada por Cormon *e muda* corresponde en la pronunciación a *e* cerrada (*Donner, Nez, Pressentir*) o a *e* abierta (*Gouvernante, Esclave*), la transcripción coincide lógicamente con la que da el autor para las que llama *e cerrada* —es decir, *é* gráfica— y *e abierta* (*è* gráfica); la letra *e* basta para transcribir ambos tipos: (do-ne), (ne), (pre-san-tir) como *Doré* (do-re), *Épique* (e-pi.k); y (gu-ver-nan.t), (es-kla.v) como *Mère* (me.r). Esta práctica es coherente con la posición de partida del autor, según la cual el español hablado también hace la diferencia entre ambos timbres conforme la vocal se halle en sílaba abierta (*tocante: e* cerrada) o en sílaba cerrada (*comer: e* abierta): transcripciones como *Sévère* (se-ve.r) o *Gouverner* (gu-ver-ne) debieran ser, pues, perfectamente adecuadas para lograr una pronunciación correcta del francés por los españoles¹⁷.

Esta manera de transcribir los distintos tipos de *e* se halla justificada en las explicaciones dadas por el autor en los preliminares sobre pronunciación francesa que preceden al diccionario. Calla en cambio Cormon una diferencia importante entre el francés y el español en lo que atañe a la repartición de las *e* cerradas y abiertas: la abierta, posible en ambas lenguas en sílaba cerrada, puede aparecer también en francés en sílaba abierta, lo que no puede acaecer en español¹⁸; es el caso, por ejemplo, de las terminaciones correspondientes a las grafías *-et* o *-ès*: *Complet, Parquet, Abcès, Grès, Apprêt, Apprêter*¹⁹. Coherente con su principio de no transcribir sino los vocablos que puedan leerse según las reglas de vocalización de la ortografía española, Cormon no transcribirá ninguna de estas palabras²⁰.

Llegamos así al último grupo de sonidos franceses irrepresentables para los españoles según la cita de Cormon de la que hemos partido: las vocales nasales. Nuestro autor

pa-rí.man), en que la *e* muda gráfica ocupa una posición interior, el punto indica que la *e* gráfica no se pronuncia, pero parece que deba interpretarse al mismo tiempo como separador de sílaba, usurpando así la función atribuida normalmente al guión: *Paperasse* (pa.p-ra.s).

17. Según Navarro Tomás (1990: 50-54), la coincidencia en los criterios de distribución de las *e* cerradas y abiertas en francés y en español es sólo parcial, ya que el español practica la *e* cerrada en sílaba trabada por las diferentes realizaciones de / m, n, s, d, l/: *hembra, atento, vengo, pesca, extenso, explicar, desdén, cespéd, pez*. En sílaba abierta, en cambio, la *e* castellana es abierta cuando precede a /x/ (*lejos, colegio*) o a la vibrante múltiple (*perro*), así como cuando sigue a esta misma vibrante (*regla*) y no está trabada por una de las consonantes que, como acabamos de ver, provocan su cierre (*renta, rencor, resto*).

18. Salvo en contacto con *r* múltiple y delante de /x/. Como el primero de estos sonidos era poco abundante por comparación con el español en el francés de la época de Cormon (cfr. Bruña Cuevas 1998 y en prensa b) y la /x/ no existe en francés, nos parece que, *grosso modo*, Cormon tenía razón al considerar que la *e* abierta en sílaba abierta del francés no existía en español.

19. En francés actual está generalizada la armonización vocálica, es decir la de las átonas con respecto a las tónicas en lo que atañe al timbre: *prêt* con *e* abierta, pero *prêter* con dos *e* cerradas por armonización del timbre vocálico átono con el tónico. Cormon no la practica más que cuando la grafía así lo refleja (ya hemos señalado que no logra siempre borrar las huellas de la ortografía usual en sus transcripciones; véase nota 14). *Arrêté* y *Arrêter* no tienen transcripción en el diccionario debido a la grafía con *è*, que lleva al autor a asimilarlas a *Arrêt*, donde realmente hay *e* abierta libre y no *e* cerrada libre como en aquéllas; la forma ortográfica de *Arrétiste*, en cambio, convence a Cormon para proporcionar la notación (a-re-tis.t).

20. Como el autor establece en los preliminares que las grafías *ai* y *aie* equivalen a *è*, la decisión de transcribir las palabras que contienen estos grafos seguirá criterios similares a los seguidos en el caso de los grafos *è* y *é*. Vienen transcritas palabras como *Dromadaire* (dro-ma-de.r), *Glaire* (gle.r), *Arbitraire* (ar-bi-tre.r), *Clair* (cler), *Clairement* (kle.r-man), *Braire* (bre.r), *Plaire* (ple.r), *Traire* (tre.r). Pero carecen de transcripción *Bai, Balai, Mai, Maigre, Trait, Traiter, Vrai, Vraiment, Vraisemblable, Parfait, Parfaitement* [pero *Parfaire* (par-fe.r)], *Dais, Paix, Raifort, Rais, Traîner, Baie, Plaie, Raie, Taie*. No obstante, y conforme a la pronunciación real con *e* cerrada, las voces *Gai, Quai* vienen transcritas por (gue), (ke).

es consciente de que el número de palabras en cuya composición entran estos sonidos es tan elevado en francés que dejar de transcribirlas hubiera supuesto excluir un gran contingente de ellas. De ahí que tome la decisión siguiente:

Es imposible representar el verdadero sonido de esas vocales, pues es característico de la lengua francesa; no obstante por no dexar muchísimos términos sin pronunciacion, he representado por *an* todas las sílabas en *em, en, am, an*, quando tienen esa misma articulacion; y no he representado los nombres en que esa mudanza no se verifica, para hacer ver que estan baxo una excepcion²¹ (1800, t. II: xj).

Como se ve, se trata de una medida parcial que excluye todavía gran número de términos. Aunque, conforme a esta decisión, tengan notación las palabras con *a* nasal —*Pendant* (pan-dan), *Science* (si-an.s), *Savement* (sa-va-man)—, carecen de ella todos los vocablos que contienen una nasal anterior, ya sea la labializada (*Humble, Un, Opportun*) o la no labializada (*Bien, Doyen, Afin, Dindon, Rein, Teint, Teindre, Main, Daim, Complainte, Coin, Appoint, Appointer*). En el primer caso la decisión era de esperar dado que también la correspondientes vocales orales, igualmente inexistentes en español, impiden la figuración de las palabras donde aparecen (*Peur, Boeuf, Noeud, Bleu, Meule, Meute*). En el segundo caso, en cambio, se hubiera podido esperar una transcripción aproximada por *en*, solución que hubiera sido similar a la adoptada para *a* nasal. No obstante, nuestro autor da prueba de fineza en este punto. Como se sabe, la *e* nasal francesa es abierta, mientras que nuestro autor percibía la *e* española seguida de consonante nasal como cerrada²², lo cual explica que la transcribiera para los francófonos con acento agudo: *Anden* (an-déne), *Sosten* (sos-téne), *Pendiente* (pén-dién-té). Para Cormon, por tanto, una posible transcripción de, supongamos, *Afin* por *(a-fen) no hubiera dado, al leerla un hispanohablante, la pronunciación francesa adecuada²³.

Según el texto de nuestro autor que acabamos de citar, tampoco las palabras que contienen *o* nasal hubieran debido venir con notación figurada en el diccionario. Pero ese texto es en parte engañoso a este respecto, ya que no corresponde a la práctica real de nuestro autor. La realidad es que no sólo decidió transcribir las palabras que contienen *a* nasal, sino también las que contienen *o* nasal, aunque el tratamiento no sea exactamente el mismo en ambos casos: mientras que todas las *a* nasales están transcritas, las *o* nasales sólo lo están si no ocupan la posición final absoluta, es decir, si no son tónicas libres; frente a *Ronde* (ron.d), *Fronde* (fron.d), *Ronce* (ron.s), *Sonde* (son.d), *Sonder* (son-de), *Gronder* (gron-de), aparecen sin transcribir *Rond, Front, Don, Son, Tronc, Tronçon, Façon, Garçon* o *Action*. Sospechamos, por tanto, que cuando en la cita anterior Cormon habla

21. Véase nota 23.

22. Ya hemos visto que el autor anda acertado en ello (véase nota 17).

23. Cormon no llega a ser, sin embargo, totalmente consecuente. En los casos en que una *e* abierta oral va seguida en francés de consonante nasal pronunciada nuestro autor hubiera debido renunciar, según sus reglas, a la transcripción. Así es en el caso de *Ancienneté, Avènement, Évènement*; pero en cambio se encuentran *Garenne* (ga-re.n), *Antenne* (an-te.n), *Amen* (a-men), *Gramen* (gra-men), *Hymen* (i-men). Seguramente, en el caso de estos tres últimos términos, la presencia de la transcripción se debe al propósito del autor de avisar al usuario hispanohablante de los casos excepcionales en que la grafía *en* no debía leerse como *a* nasal (recuérdese que Cormon anuncia esta práctica en el párrafo sobre la transcripción de nasales que hemos citado más arriba).

de transcribir *a* nasal, pese a que sea un sonido extraño al español, se está refiriendo en realidad a la *a* nasal tónica libre, ya que es posible que sólo en esta posición final absoluta percibiera el autor una diferencia clara entre el francés y el español, por lo menos en el caso de *a* y *o* nasales. De hecho, en sus transcripciones del español, mientras que el grupo vocal más nasal situado en interior de palabra es anotado por la vocal correspondiente más *n* o *m*²⁴, el mismo grupo en posición final recibe igual transcripción pero con el añadido, tras la letra consonante nasal, de una *e* sin acento, de modo que, al interpretarse la transcripción según las reglas de lectura del francés escrito, se pronuncie la consonante²⁵ y se evite la nasalización completa de la vocal española: *Afan* (a-fane), *Campeón* (kam-péone), *Anden* (an-déne), *Pendiente* (pén-dién-té), *Temblon* (tém-blone), *Combustion* (kom-bous-tione), *Monton* (mon-tone), *Segundon* (sé-goun-done), *Relumbron* (ré-loum-brone), *Atun* (a-toune)²⁶.

* * *

24. En español, el autor distingue en las transcripciones entre *m* y *n*, lo que responde a la realidad fonética de este idioma: *Campero* (kam-pé-ro), *Cantero* (kan-té-ro). Esa diferencia no la hace en francés: *Camper* (kan-pe), *Cantal* (kan-tal). No obstante, ello no significa forzosamente que el autor fuera plenamente consciente de la identidad de las vocales nasales situadas en posición final absoluta con las situadas en posición interior. Desde el siglo XVI, antes de que existieran las vocales nasales puras, los gramáticos venían diciendo que la *m* implosiva interior del francés escrito se leía como *n*. Los autores de gramáticas de francés para españoles contemporáneos de Cormon —como los posteriores— seguían diciendo lo mismo.

25. Por el mismo motivo —inducir a la pronunciación de la consonante final— añade una *e* final en la transcripción de las palabras españolas que terminan por *s*, *z*, mientras que no la añade cuando terminan por *l* o *r*: *Anaquel* (a-na-kél), *Cubrir* (kou-brir). En este último caso no era necesario porque la inmensa mayoría de las palabras que se escriben en francés con *l* o *r* finales corresponden en lengua hablada a voces terminadas por esas consonantes (*principal*, *essentiel*, *col*, *nul*, *car*, *finir*, *recevoir*, *odeur*), por lo que los francófonos que vieran *l* o *r* escritas en posición final tenderían naturalmente a pronunciarlas. Cierto que en las palabras francesas en que se escribe —*er* final la consonante suele ser muda (*léger*, *conter*), pero la vocal es entonces cerrada; si en la transcripción se indica con un acento que la vocal española es abierta, un francófono leerá automáticamente la *r* que sigue para adecuar la vocal a su fonética nativa; de ahí transcripciones como *Roer* (ro-èr), *Tener* (té-nèr), que invitan a seguir —inconscientemente— el modelo de las numerosas terminaciones del tipo *arbitraire*, *légère*, *bergère* e incluso *mère*. Por el contrario, *s* y *z* suelen ser mudas en francés cuando van escritas a final de palabra (*gras*, *gros*, *contes*, *contez*, *nez*); por eso toma el autor la precaución de recordar en las transcripciones la necesidad de pronunciarlas en español, añadiendo con tal propósito, como en el caso de las nasales finales, una *e* sin acento: *Ras* (race), *Res* (rèce), *Seis* (séice), *Delgadez* (dél-ga-déce), *Atroz* (a-troce). En cuanto a las minoritarias *t* y *d* finales (ésta última minoritaria sobre todo porque la palabras en que se encuentra no siempre están transcritas), sólo señalar que, frente a *Cenit* (cé-nite) y *Huésped* (ouès-pède), las terminaciones en *-ad* y *-ud* no suelen ir transcritas con *e* final: *Piedad* (pié-dad), *Plenitud* (plé-ni-toud). Y también en estos casos es comprensible la postura de Cormon: en francés escrito, *t* final suele ser muda tras cualquier vocal (*il finit*) y *d* posvocálica es escasa, siendo uno de los casos más corrientes el de *piéd*, donde *d* aparece precisamete después de *e*: de ahí la necesidad de *e* final en (ouès-pède) pero no en (pié-dad).

26. Sólo cuando es la vocal *i* la que va seguida en español de consonante nasal recurre nuestro autor en las transcripciones a esa *e* añadida, no sólo en posición final —*Afin* (a-fine), *Delfin* (dél-fine)—, sino también en posición interior —*Melindre* (mé-line-dré), *Tinte* (tine-té)—; pero, obviamente, este hecho muestra, todo lo más, antes que una clara conciencia de que las vocales *a* y *o* nasales se daban también en posiciones distintas a la de tónica libre, una conciencia de que *i* seguida de consonante nasal implosiva representa en español escrito el mismo fonema que cuando se halla en otro contexto, mientras que en francés *in*, *im* seguidos de consonante representan un fonema distinto al de *i*. Es de nuevo un hecho ortográfico, más que una visión global coherente en todos sus puntos, lo que guía por tanto los usos de Cormon. Por lo demás, incluso en el caso de *i* se da en la transcripción del español una fuerte discriminación entre la posición final

Hemos analizado hasta aquí las transcripciones que Cormon presentó como especialmente conflictivas. Hay sin embargo otras que, aunque consideradas transparentes por el autor, aparecen como bastante discutibles cuando se analizan desde un punto de vista actual. Dado lo reducido del espacio que tenemos para comentarlas, nos limitaremos a una sola de ellas: la transcripción de la *s* sorda del francés.

Como es sabido, el fonema /s/ del francés puede representarse por escrito de varios modos: por *s* (*sourd, coursier, estimer, tous, désuétude*), por *ss* (*poisson*), por *c* (*céder, percer, décéder*), por *ç* (*perçu, maçon*), por *sc* (*science*), por *ce* (*douceâtre*), por *t* (*portion, nation*), por *x* (*six, Bruxelles*). Que tal variedad siempre hubiera correspondido en las transcripciones para los españoles al signo *s* hubiera sido a nuestro entender la solución más adecuada para reflejar la pronunciación francesa. Es cierto que [s] española, tal como se realiza en castellano estándar europeo, es decir, como ápticoalveolar, no es exacta equivalencia de [s] francesa, de pronunciación predorsodental como la [s] de muchas variedades del español de América o del peninsular sureño. Pero esta diferencia de articulación —en gran media aún pasada por alto hoy día en la enseñanza del francés a los hispanohablantes— era seguramente ignorada por Cormon. En los preliminares sobre pronunciación española, en efecto, el autor establece claramente que *s* española “a toujours le son de deux *SS* françaises ou du *Ç*” (1800, t. I: vj). Debe ser pues otra razón la que explique que Cormon transcriba la [s] francesa unas veces por *s*, otras por *c* y otras por *ç*: *Cilice* (ci-li.s), *Morceler* (mor.s-le), *Morceau* (mor-só), *Censé* (san-se), *Cendre* (çan.dr), *Çà* (sa), *Façonner* (fa-so-ne), *Façonnier* (fa-ço-nie), *Maçonner* (ma-so-ne), *Maçonnerie* (ma-ço.n-rí.), *Actionner* (ak-cio-ne), *Patient* (pa-cian). Indudablemente tal razón no puede ser otra que la identidad que el autor establece entre *c* y *s* españolas: si se supone que un español que leyera (ci-li.s) articularía del mismo modo el sonido inicial y el final dado que así es en el francés *cilice*, es porque se cree que las letras *c* y *s* representan en ortografía española —como es el caso en la francesa— el mismo sonido. Y lo mismo puede decirse en cuanto a *s* y *ç*, como lo muestran las transcripciones de *maçonner* y *maçonnerie*. No obstante, y a pesar de las apariencias, conviene matizar la cuestión de la creencia de Cormon en la identidad entre los sonidos representados respectivamente por *s* y *c* españolas.

En los preliminares sobre la pronunciación francesa, Cormon explica, al tratar de la letra *t*, que *tia, tie, tio* (*patience, potion*) equivalen a *c*; y, al explicar la *c*, afirma que, seguida de *e* o de *i*, suena como *s* o *ç*; en ninguno de los dos casos especifica, sin embargo, si se está refiriendo a *s, c, ç* francesas o españolas. En principio, y si se compara con la manera como se expresa el autor en los preliminares sobre la pronunciación española que preceden al otro tomo de su diccionario, se estaría tentado de interpre-

absoluta y las interiores. Todas las finales son transcritas por *—ine*, pero no así todas las interiores, entre las que se descubren a cada paso casos del tipo *Jacinto* (jka-cin-to) *Princesa* (prin-cé-ça) en que el autor se contradice pasando al tipo general de transcripción usado para las otras vocales seguidas de nasal. En este caso se hallan todas las palabras que empiezan por el prefijo *in-* *IncurSION* (in-kour-sione), *Indagacion* (inda-ga-cione). Si ello puede estar justificado por el hecho de que a menudo tal sufijo recibe también en francés una pronunciación no nasal (*innécessaire*), nada justifica la incoherencia del autor cuando decide no transcribir aquellas palabras (*Dintel, Finta, Plinto*) en que, aparte del grupo *in* o *im*, nada impide una pronunciación española aceptable si se leen a la francesa (y si se aceptan, naturalmente, los aprioris que sobre tal pronunciación posee el autor).

tar que se está refiriendo a las españolas, dado que, cuando explica la *s* del español, dice claramente que “elle a toujours le son de deux *SS* françaises ou du *Ç*”; y, cuando se ocupa de *z* española, que su sonido “est celui de notre *C*”. Es decir, al hablar del español, el autor da las equivalencias en francés, por lo que parece lógico interpretar que, cuando explica el francés, las da en español. Sólo que entonces surge la pregunta de por qué el autor daría como equivalencia de *ce, ci* francesas “*s* o *ç*”, dado que la *ç* era ya en tiempos de Cormon una letra que no formaba parte del alfabeto español (la Academia había prescindido de ella en 1726). Por otro lado, nuestras dudas interpretativas aumentan cuando leemos las explicaciones sobre la *j* francesa; en ellas, la equivalencia ofrecida es la de *g*, lo que evidentemente sólo puede referirse al francés. Por fortuna, nuestro autor es mucho más claro cuando explica otras letras.

En efecto, al explicar *ç* francesa, afirma que “delante de cualquier vocal tiene la misma articulación que en español, pero sin ceceo”. Esta afirmación resulta sorprendente por dos motivos: por un lado, remite al lector a una letra española (la *ç*) que, como hemos dicho, no debía ser familiar para la mayoría de los españoles en el momento en que se publica el diccionario; por otro, viene a considerar el sonido representado por *c* o *z* españolas, es decir la fricativa interdental [θ], como una variedad de [s], más concretamente, como una especie de [s] mal pronunciada: es una [s] con “ceceo”. Por este término de “ceceo” nuestro autor entendía, no sólo lo que se entiende hoy día, sino el equivalente español de *grasseyement* en la acepción que tenía este vocablo en su tiempo, es decir, la de cualquier defecto articulatorio; así lo define en su diccionario:

Grasseyeur, s. m. El que pronuncia la *r* con el gargüero; la *c* como la *s*, ó la letra *s* con los dientes como la *ç*, ceceoso.

Sólo así se comprende el comentario que dedica a *z* española:

Le son de cette lettre est celui de notre *C*; cependant il faut faire entendre un léger grasseyement semblable à celui des personnes qui prononcent *chose*, etc. comme s'il y avait *sose*; ce que le vulgaire appelle *blesser*.²⁷ Dans plusieurs provinces de l'Espagne on donne assez généralement le même son au *C* devant *e, i*; l'Académie Espagnole néanmoins se tait là-dessus. (1800, t. I: vij).

Este comentario, que, en principio, podría pasar por un esfuerzo loable por describir un sonido extraño, desmerece desde el momento en que tenemos la impresión de que el autor tomó la comparación con el *blèsement* francés, no como una manera de ayudar a los franceses a pronunciar un sonido desconocido, sino como si realmente, en español, pronunciar [θ] fuera una especie de capricho generalizado, una especie de manía de pronunciar mal la [s] y similar a la manía de confundir la *v* con la *b*.²⁸ De ahí que

27. Suponemos que el autor se refiere a *blèser, blèsement*, sinónimos de *zèzayer, zèzaiement* y derivados del francés antiguo *blois* “tartamudo”, del latín *blaesus*.

28. Tanto en las transcripciones del francés como en las del español, Cormon establece una identidad completa entre los sonidos que corresponden a *v* en uno y otro idioma: toda *v* española es transcrita por *v* para los franceses y viceversa. Añadamos, a modo de justificación de esta práctica, que Cormon sabía de la posición de la Real Academia Española en favor de la distinción. Él mismo lo arguye cuando describe en los preliminares la *b* española: “Le son de cette lettre se confond communément avec celui de la lettre *V*.”

Cormon no llegue a considerar este sonido [θ] como uno de los que existen en español y no existen en francés,²⁹ privilegio que queda pues reservado únicamente a la jota.

Esta toma de posición le reportará a Cormon más beneficios al elaborar la parte español-francés que al elaborar la parte francés-español. Podrá defender que sólo se ha visto obligado a inventar un símbolo para transcribir según las reglas del francés escrito la pronunciación del español, lo que, indudablemente, favorecía su petición de principios inicial: que el español no ofrecía dificultades especiales de articulación a los franceses y que su diccionario, por primera vez, así lo probaba. En cambio, en el tomo II del diccionario, o sea, en la parte francés-español, la equivalencia establecida en el tomo I entre *c* española y *c* francesa le impedirá ofrecer a los españoles una transcripción coherente del francés: al transcribir muchas *c*, *ç*, *ss*, *s*, *t* del francés por *c* o *ç* que debían ser leídas a la española suponemos que muchos de los usuarios hispanohablantes de su diccionario, o pronunciarían mal el francés o, en el mejor de los casos, se verían asaltados por la duda de cuál era la pronunciación francesa real.

* * *

Peindre les sons, según la expresión de Cormon, no es tarea fácil. Cormon vivía al comienzo de un siglo que asistirá, en su periodo final, a la invención del alfabeto fonético internacional para transcribirlos. Incluso este instrumento, que sigue siendo tan útil para los especialistas, terminará por desilusionar a los que vieron en él, cuando comenzó a conocerse, la panacea para la enseñanza de las lenguas.³⁰ En todo caso, Cormon no disponía aún de él, por lo que eligió para figurar los sonidos del francés para los hispanohablantes y los del español para los francófonos un camino que parecía razonable: escribir la lengua del otro según las normas ortográficas de quienes querían aprenderla.

J'observe cependant, qu'on le confond beaucoup moins lorsque le *B* est au commencement du mot; l'Académie Espagnole voudrait même qu'on donnât à chacune le son qui lui appartient, qui est conforme à celui de la langue française". Es probable que, al hacer referencia a una menor confusión en posición inicial, Cormon hubiera captado que *burro*, pronunciado aisladamente, suena como la oclusiva [b], mientras que en *la vaca* la letra *v* no es pronunciada como [b], sino como una fricativa bilabial [β], que Cormon asimilaría a la labiodental [v]. Pero, si tal es el caso, la capacidad de observación de Cormon no sobrepasó este estadio elemental. El autor no fue consciente de que el fonema /b/ tiene en español una realización oclusiva y otra fricativa según su posición en la cadena hablada; es decir, por seguir con nuestro ejemplo, no llegó a captar que la *b* de *burro* cambia de pronunciación en cuanto se inserta en la cadena *mi burro*, del mismo modo que la de *la vaca* no se pronuncia igual si el sustantivo se profiere solo.

29. La tradición de los gramáticos franceses de considerar equivalentes las *c* española y francesa viene de lejos, al igual que la que considera el sonido de *c* española como una *s* ceceosa. Ya la gramática de español para franceses de César Oudin habla de pronunciación "con la legua gorda (ceceosa)" al referirse a *c* en la reedición de 1619, después de haber defendido la identidad completa en la primera edición de 1597 (Sánchez Regueira, 1979: 54). A. Alonso ya dedicó hace muchos años (1951) un excelente estudio a la manera como la *ç* y la *z* españolas eran explicadas a los franceses en los siglos XVI a XVIII.

30. Desde finales del siglo XIX y durante el primer tercio del XX no serán pocos los manuales para la enseñanza del francés en España que recurran al alfabeto fonético. Los malos resultados de este método llevaron, como ya señaló C. Roig (1990: 219), a la prohibición expresa de su uso en el "Cuestionario de Francés" (*Gaceta de Madrid* de 21-10-1934) correspondiente al decreto republicano de reforma de la enseñanza secundaria (29-8-1934; *Gaceta* del 30-8-1934): "[...] no parece nada recomendable el empleo de la ortografía fonética. Con ello se obliga a doble esfuerzo a los alumnos."

Esperamos haber mostrado claramente los inconvenientes de tal elección: simplificación del sistema fonético español para acercarlo al del francés y renuncia a transcribir buena parte de los vocablos franceses que contenían sonidos desconocidos en español.

Otro camino hubiera sido el de utilizar en la transcripción de estos sonidos desconocidos las mismas letras que se usan en la lengua de partida previo aviso y explicación de tal uso. Puede concebirse —de hecho así lo harán algunos diccionarios bilingües posteriores al de Cormon— que, una vez explicado en los preliminares al diccionario que la *j* francesa, por ejemplo, no corresponde al mismo sonido que la española, y una vez dadas ciertas indicaciones sobre su articulación, nada impide servirse del signo *j* para transcribir las palabras que se escriben con esa letra en francés, confiando en que los usuarios del diccionario recordarán la diferencia cada vez que la encuentren en las transcripciones o usando algún medio —cursiva, por ejemplo— para recordárselo.

En realidad, tanto este camino como el seguido por Cormon habían sido ya practicados anteriormente en la historia de la enseñanza de la pronunciación francesa a los españoles. Hacia mediados del siglo XVIII, en efecto, dos autores de gramáticas francesas para españoles, Galmace y Le Gallois de Grimarest, polemizaron en torno a si era preferible un sistema de transcripción basado en principios similares a los que luego usó Cormon (postura de Grimarest) o si bastaba con uno basado en los principios a que acabamos de referirnos con el ejemplo de la jota (postura de Galmace).³¹ No creemos que Cormon tuviera conocimiento de estos precedentes, pero él mismo se verá obligado a participar en una polémica muy parecida cuando Gattel, en la reedición de 1803 de su diccionario bilingüe, lo acusa de haberle usurpado la idea de las transcripciones. Gattel, en efecto, había publicado en 1797 un diccionario francés monolingüe con transcripción fonética de las voces. Su diccionario bilingüe francés-español de 1790 no incluía, en cambio, tales notaciones. El éxito del diccionario de Cormon (1800) animó a Gattel a incorporar sus propias transcripciones en la reedición de 1803 de su diccionario bilingüe. Sólo que, pensadas en su origen para francófonos, diferían fundamentalmente de las empleadas por Cormon. Contrariamente a las de éste, las de Gattel no partían de las dificultades de los españoles para asimilar la pronunciación francesa, aunque tenían la ventaja de poder proponer una transcripción para todas las entradas de la parte francés-español. Obligado a alabar su diccionario, ya que, a pesar de su fama, corría el riesgo de ser suplantado en las preferencias del público por el de Cormon, Gattel no sabe evitar un ataque directo al sistema de transcripción de su competidor, lo que, a su vez, acarreará que éste incluya en el prólogo de la segunda edición del diccionario (1803) la respuesta crítica correspondiente. La polémica estaba —de nuevo— servida y no hará más que reavivarse, aunque con menos virulencia, en las distintas tomas de posición adoptadas por los autores de diccionarios posteriores a la hora de transcribir la pronunciación. Esperamos ocuparnos de esta continuación de la historia de la transcripción del francés para el uso de los españoles en próximos trabajos.

31. Véase Bruña Cuevas (en prensa, a).

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, A. (1951). “La pronunciación francesa de la ç y de la z españolas”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 5/1, pp. 1-37.
- BILLET, P.-P. (1673). *Gramatica Francesa*, Zaragoza, s. e.
- BRUÑA CUEVAS, M. (1998). “L’enseignement de l’r français aux Espagnols (XVI^e-XIX^e siècles)”, *Les Chemins du Texte. VI Coloquio da APFFUE* (Santiago de Compostela, 1997), ed. por T. García-Sabell Tormo, D. Olivares Vaquero, A. Boilève-Guerlet y M. Ángel García Fernández, t. II, pp. 527-539, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, Asociación de Profesores de Filología Francesa de la Universidad Española.
- BRUÑA CUEVAS, M. (1999). “Las mejoras aportadas a la traducción por el diccionario de Capmany (1805)”, *La traducción en España (1750-1830). Lengua, literatura, cultura*, ed. por F. Lafarga, pp. 99-110, Lérida, Edicions de la Universitat de Lleida.
- BRUÑA CUEVAS, M. (en prensa, a). “Les transcriptions de la prononciation française à l’usage des Espagnols de Galmace (1745)”, *Essor et renouveau de la linguistique française. III Colloque international de linguistique française* (Salamanca, noviembre de 1997).
- BRUÑA CUEVAS, M. (en prensa, b). “À nouveau sur l’enseignement de l’r français aux Espagnols depuis le XVII^e siècle”, *La lingüística francesa camino del año 2000. IV congreso internacional de lingüística francesa* (Santiago de Compostela, 23-25 de septiembre de 1999).
- CORMON, J. L. B. (1800). *Dictionnaire portatif et de prononciation, Espagnol-Français et Français-Espagnol*. Lyon, B. Cormon, Blanc, Reymann. Segunda ed. (1803), Lyon, B. Cormon & Blanc.
- GALMACE, A. (1745). *Adiciones a la Gramatica Francesa, que compuso el R. P. Nuñez*, Madrid, s. e.
- GALMACE, A. (1748). *Llave nueva, y universal, para aprender con brevedad, y perfeccion la Lengua Francesa, sin auxilio de Maestro*, Madrid, G. Ramírez.
- GARCÍA BASCUÑANA, J. F. (1999). “De Gattel y B. Cormon a Capmany y Núñez de Taboada: en torno a ciertos aspectos y procedimientos de la lexicografía bilingüe francés-español entre 1790 y 1812”, *La traducción en España (1750-1830). Lengua, literatura, cultura*, ed. por F. Lafarga, pp. 111-120, Lérida, Edicions de la Universitat de Lleida.
- GATTEL, C.-M. (1790). *Nouveau Dictionnaire Espagnol et François, François et Espagnol, avec l’interprétation Latine de chaque mot*, Lyon, Bruyset Frères.
- GATTEL, C.-M. (1797). *Nouveau dictionnaire portatif de la langue française*, Lyon, Bruyset aîné.
- GATTEL, C.-M. (1798). *Nouveau Dictionnaire de Poche François-Espagnol*. París, Bossange, Masson & Besson.
- GODOY, D. A. (1795). *Diccionario nuevo portátil, y manual francés-español*, Bolonia, G. Franceschi.
- LE GALLOIS DE GRIMAREST, J.-H. (1747). *Nueva Gramatica Francesa*. Pamplona, Herederos de Martínez.
- NAVARRO TOMÁS, T. (1990). *Manual de pronunciación española*, Madrid, CSIC.
- OUDIN, C. (1597). *Grammaire et observations de la langue Espagnolle recueillies et mises en François*. París, M. Orry.
- ROIG, C. (1990). “Le Français dans les programmes officiels en Espagne: 1934-1938”, *Contributions à l’histoire de l’enseignement du français*, (= *Documents pour l’histoire du français langue étrangère ou seconde*, 6), ed. por H. Christ y D. Coste, pp. 212-234, Tubinga, Gunter Narr.
- SÁNCHEZ REGUEIRA, I. (1979). “La fonética en la obra y en la época de César Oudin”, *Verba*, 6, pp. 43-73.
- SUMARÁN, J. A. de (1626). *Thesaurus fundamentalis, quinque linguarum*, Ingolstadt, W. Eder.

